

Enrique Krauze:

"El Intelectual Debe Criticar al Poder"

Director de la revista «Letras Libres», presidente de la editorial Clio, ingeniero, doctor en Historia y autor de una abundante obra, Enrique Krauze (Ciudad de México, 1947) es uno de los más activos protagonistas en la producción de ideas del México actual.

por ENRIQUE PORTILLA FUENTES

COMO Plutarco, en «Mexicanos eminentes», usted parece optar por una épica centrada en los individuos. ¿Qué es más importante: el hecho histórico o los protagonistas?

En un viejo tema, si los actores colectivos o individuales son los motores de la historia, ambas cosas son ciertas. Hay "vistas fuertes impersonales", como les llaman T.S. Eliot; pero por otro lado existe también el motor del individuo. Para bien o para mal, el motor de individuos excepcionales. Esto no es ocurrir en una mitología muy anacrónica, el centro la historia de los pueblos en los individuos, sino simplemente reconocer algo que en el siglo 20 sucedió de manera muy acusada: no hubiese habido la Guerra Mundial sin Hitler ni salveríos a esa guerra sin Churchill. La del biógrafo es una visión, hay algo de elección profesional en esta optica. El biógrafo se ocupa de individuos y en nuestras naciones hispanoamericanas la biografía ha sido un género muy poco atendido.

—La grandeza histórica de estos personajes se mide en términos de virtud pública. Muchas veces es el poder el que la exalta. ¿Cuál es la distancia ideal entre intelectuales y poder, y cuánto percibe esta relación en el México actual?

Yo creo que el rol del intelectual es el de criticar al poder, si quiere seguir siendo intelectual, y no intercambiar a él. Hay una tentación que viene desde la larga imperial, desde la vieja cultura política española del lettato muy cerca del monarca. Pienso que la función del intelectual debe ser más bien la de tener distancia, ser un "espejador crítico", como diría Ortega y Gasset, del poder. En México, tradicionalmente los intelectuales ocupaban posiciones públicas, se trascendían al poder sacrificando su punto de vista crítico, incluso su vocación de escritores. Esto ha ido cambiando en las últimas décadas de manera muy marcada. Hay un público lector, avisado, que está esperando que los intelectuales se expresen desde un punto de vista crítico; es parte de lo que ha sido el cambio democrático en México. Un síntoma de la creciente salud pública de México es la distancia, que no tiene que ser enemistad, ni súbita antipatía, simplemente una distancia crítica de los intelectuales con respecto al poder.

—Refiriéndose a la decadencia de la lectura, Nicanor Parra dice que estamos en una nueva Guerra del Peloponeso, que tarde, mal y nunca un filósofo o un poeta llegan a la pantalla chica, que es la fiesta de los fofólistas, soldados y músicos. ¿Qué opinión le merece esa sentencia?

Es muy ingeniosa. Cómo negar que los medios de comunicación electrónicos atraen a las nuevas generaciones mucho más. Es un desafío interesante para los escritores, creo que podemos utilizar esa pantalla haciendo documentales, programas, e libros interactivos en Internet en beneficio de los lectores. Los escritores que le tienen miedo a la pantalla chica o a Internet, tienen una actitud equivocada, hoy más bien que aprovecharlos en favor del enriquecimiento cultural. Sin embargo, yo no creo que la televisión ni Internet vayan a desplazar al libro, nunca. Hay algoencial, omoligén, digámoslo, en la permanencia del libro.

—En «Mexicanos eminentes», usted ha hecho un retrato, aunque parcial, del paisaje intelectual mexicano; ¿cuáles figuras incluiría en un ejercicio similar, pero a nivel de América Latina?

Sirve esta respuesta para hacer comparación ante los lectores de este periódico que admira. De hecho estoy trabajando en ese libro, ya no sobre mexicanos, sino sobre latinoamericanos eminentes. Y claro, allí la nómina es muy amplia en el siglo 20. Debería estar Vargas Llosa, García Márquez, Jorge Edwards, Borges, Norberto y escritores que escriben sobre diálogos en América Latina, que es todo un género; escritores que se volvieron revolucionarios o fueron libres... Es un tema immense.

—Se refiere usted al anuncio libro «Personas e Ideas»?

No. Ese libro es una colección de entrevistas poco conocidas en América Latina, que fueron publicadas en la revista «Viñetas» y que realizó a través de veinte años con figuras como Isaiah Berlin, Jorge Luis Borges, Leszek Kolakowski y otros, es más bien una amplia colección de conversaciones intelectuales.



Bocetos Biográficos

por FRANCISCO JOSÉ FONSECA

HAY libros cuyo prólogo o epílogo tienen al caerse tanto o más vestidos y permanentes que el cuerpo mismo de la obra.

Eso ocurre, por ejemplo, en *La decadencia de Occidente*, de Spengler. Algo parecido sucede con *La alegría del amor*, de C. S. Lewis, cuyos dos o tres capítulos introductorios pertenecientes a la cultura general, mientras los siguientes son, más bien, sacados para especialistas. En cambio, el caso, guardadas las proporciones, de Mexicanos eminentes.

Krauze (1947) es un ingeniero y historiador prolífico, cuya obra intelectual se ha centrado principalmente en la historia social y desde la perspectiva de las personalidades sobresalientes en su vida pública, entre 1810 y el último Presidente del PRI. Tal es la línea dorsal de su voluminosa trilogía *Siglo de caudillos. Biografía del poder* (traducida puntualmente al inglés) y *La presidencia imperial*. Los títulos son obvios, así como el subtítulo de la introducción de la primera obra: «Plutarco entre nosotros». Plutarco es el modelo del cual el autor coige lo que cree una lección fundamental de nuestro tiempo, a saber, «la relevancia del papel del individuo en la historia». Krauze asigna gran importancia en la visión histórica del siglo XX —y la revolución rusa— a los historiadores rusos, marcados por el escopetazo de Tolstoi: los movimientos históricos son irreducibles a la influencia de los «grandes hombres» que los presidieron; una ley natural determina la vida de los hombres, más aún, incapaces de entender o controlar el proceso, lo representan como una sucesión de actos deliberados de personas a quienes atribuyen virtudes heroicas; pero tales héros no son sino cento los errores que el autor elige para caracterizar el rebrote. «Es preciso —concluye el oendo— renunciar a una libertad ilusoria y reconocer una dependencia de la que no somos, ni podemos ser conscientes».

Más tarde, los historiadores rusos caen bajo el influjo de Georgij Plejanov, padre del marxismo ruso, quien alimentaba una «confusa ecología histórica»: los designios del pastor coinciden con los intereses profundos del rebaño; el carnero conductor puede hacer un gran servicio a sus congéneres, «viendo más que ellos, diciendo más honestamente que ellos», siendo un héroe en cuanto su «actividad constituye expresión consciente y libre de ese espíritu racional e intencional».

A esta visión de inevitabilidad de los procesos históricos, Isaiah Berlin se opone la de la estabilidad, basada en la afirmación de la libertad y la responsabilidad individual. Fue antes la visión de Luciano y Cicerón. Desvinculada en la historiografía cristiana medieval, resurgió con fuerza en

el Renacimiento, que amó a Plutarco, como lo atajaron Montaigne y «el mayor plutarquiano de esa época, Shakespeare». Algo eclipsada durante la Reforma y la Contrarreforma, reemergió en el Siglo de las Luces (Hume, Voltaire, Rousseau). El siglo XIX se escondió entre Hegel, quién proclamó que los hombres son autos agentes en la marcha del Espíritu hacia la Razón que llamaron Historia, y Carlyle, que, por el contrario, sostuvo que «la historia del mundo es solamente la biografía de los grandes hombres». Nietzsche llevó la cuestión a la divinización del líder, mientras, en el otro extremo, Emerson afirmó que, si bien «no existe propriamente historia, sino biografías», las historias son sólo «hermosas imágenes, siempre iguales».

El autor tan cluye en consonancia con Russell: «Creo que los individuos destacados han tenido una gran participación en el destino de la humanidad. No creo que si Shakespeare y Milton no hubiesen existido, algún otro habrían escrito sus obras. Si los cien hombres de ciencia más destacados del siglo XVII hubiesen muerto en la infancia, la vida del hombre común habría sido completamente distinta de lo que es». Krauze estima ingenuo «un optimismo creygo sobre la libertad voluntaria individual en el molde de la vida colectiva», pero «el hombre tiene, con todo, un voto de calidad en la historia. Por eso, la historia escrita no puede prescindir de la biografía. Por eso, a dos mil años de su obra, Plutarco nos representa a todos».

Tras el amplio vuelo de esta introducción, los personajes cuyos bocetos biográficos se presentan resultan, sin embargo, poco penetrables a los no especializados en historia de México. Algunos podrían comprender sobre las fronteras de su país, pero el lector corriente difícilmente podría valorar por si mismo la interrelación sociológico-histórica de la figura y obra de cada personaje, pues su omisión aquí toda referencia a los hechos en que se sustenta, no cualquiera sabrá, por ejemplo, quién fue Jesús Reyes Heroles, ni lo sabrá tras leer este solo libro. Tal vez este adquiera una dimensión diferente, como apéndice de la referida trilogía del mismo autor.

En suma, la introducción es internacional; el resto, mexicano.



"El Intelectual debe criticar al poder" [artículo] Enrique Portilla Fuentes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Krauze, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El Intelectual debe criticar al poder" [artículo] Enrique Portilla Fuentes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)